

## El ministerio de intercesión

Autor: [Fray Alejandro R. Ferreirós OFMConv](#)

En las religiones primitivas, el motivo principal que moviliza al hombre a orar parece ser la necesidad. Oprimido bajo el peso de diversos males el hombre se esfuerza por despertar la atención de la divinidad con invocaciones y con el ofrecimiento de dones. De aquí se derivan expresiones comunes como : “¡Escucha! ¡Ten piedad! ¡Recíbenos! ¡Nosotros te ofrecemos, recíbenos con benevolencia!. Las conocemos en la Biblia y en toda la tradición cristiana. El motivo primario de la oración es siempre el mismo y conserva toda su fuerza.

Los Padres y en general, los autores cristianos admiten esta situación: el sentimiento de nuestra miseria nos lleva a buscar protección en Dios. Escribe San Juan Crisóstomo: “¿Dices que tu no tienes necesidad de rezar? Lo necesitas justamente porque crees no necesitarlo. Evagrio Póntico da esta definición: de la oración: “un coloquio del intelecto con Dios, unido a súplicas para implorar el socorro en la ora de la lucha y acciones de gracias en la esperanza”.

*El vocabulario neotestamentario sobre la oración de súplica está lleno de matices: pedir, reclamar, llamar con insistencia, invocar, clamar, gritar, e incluso "luchar en la oración" (cf Rm 15, 30; Col 4, 12). Pero su forma más habitual, por ser la más espontánea, es la petición: Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia El.(Cat. 2629)*

El Nuevo Testamento no contiene apenas oraciones de lamentación, frecuentes en el Antiguo. En adelante, en Cristo resucitado, la oración de la Iglesia es sostenida por la esperanza, aunque todavía estemos en la espera y tengamos que convertirnos cada día. La petición cristiana brota de otras profundidades, de lo que S. Pablo llama el gemido: el de la creación "que sufre dolores de parto" (Rm 8, 22), el nuestro también en la espera "del rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza" (Rm 8, 23-24), y, por último, los "gemidos inefables" del propio Espíritu Santo que "viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene" (Rm 8, 26).(Cat. 2630).

El grupo intercede

Cada uno de nosotros, todo el grupo, está llamado a interceder, pero hay hermanos a los que Dios mismo ha constituido centinelas, a los cuales les ha dado un carisma particular de intercesión a beneficio de los hermanos y que, por lo tanto, gozan de un favor especial por parte de Dios.

Estos son los hermanos que normalmente forman parte del grupo de intercesión por determinadas necesidades (situaciones de sufrimiento) personales.

La oración de intercesión es uno de los tipos característicos de la oración cristiana.

Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica que la intercesión es una oración de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús. Él es el único intercesor ante el Padre en favor de todos los hombres, de los pecadores en particular (cf Rm 8, 34; 1 Jn 2, 1; 1 Tm 2, 5-8). Es capaz de "salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor" (Hb 7, 25). El propio Espíritu Santo "intercede por nosotros... y su intercesión a favor de los santos es según Dios" (Rm 8, 26-27).(2634)

*Interceder, pedir en favor de otro, es, desde Abraham, lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios. En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de la de Cristo: es la expresión de la comunión de los santos. En la intercesión, el que ora busca "no su propio interés sino el de los demás" (Flp 2, 4), hasta rogar por los que le hacen mal (recuérdese a Esteban rogando por sus verdugos, como Jesús: cf Hch 7, 60; Lc 23, 28. 34).(2635)*

Las primeras comunidades cristianas vivieron intensamente esta forma de participación (cf Hch 12, 5; 20, 36; 21, 5; 2 Co 9, 14). El Apóstol Pablo les hace participar así en su ministerio del Evangelio (cf Ef 6, 18-20; Col 4, 3-4; 1 Ts 5, 25); él intercede también por ellas (cf 2 Ts 1, 11; Col 1, 3; Flp 1, 3-4). La intercesión de los cristianos no conoce fronteras: "por todos los hombres, por todos los constituidos en autoridad" (1 Tm 2, 1), por los perseguidores (cf Rm 12, 14), por la salvación de los que rechazan el Evangelio (cf Rm 10, 1).(2636)

¿Dónde?

El intercesor no tiene necesidad de lugares particulares para rezar. Puede orar en el secreto de su habitación, puede orar en la Iglesia frente a la Eucaristía, puede orar reuniéndose junto con otros.

La oración hecha con otros (en este caso hecha con los otros hermanos del ministerio) nos ayuda, nos sostiene y tiene una potencia particular sobre Dios por el motivo de que Jesús está particularmente presente. Él dijo: "*donde hay dos o tres reunidos en mi nombre Yo estoy en medio de ellos*". Este orar juntos no tiene que ver necesariamente con estar reunidos en un mismo lugar sino, sobre todo, establecer con los otros una comunión más intensa y ponerse de acuerdo a cerca de intenciones precisas por las cuales se intercede.

Los hermanos del ministerio, con la finalidad de reforzar mucho más su comunión espiritual y con el fin de compartir su realidad ministerial, se deberían encontrar periódicamente con iniciativas del coordinador del ministerio.

La oración de intercesión requiere algunas condiciones espirituales esenciales: la fe (confianza), la perseverancia, el perdón, la asistencia del Espíritu Santo.

Debemos orar a Dios por cualquier problema, no solamente por algunos. Podemos tener la tentación de limitarnos a las cosas espirituales, pero tenemos que aprender a dejar entrar a Dios en todos los aspectos de nuestra vida: "*No se angustien por nada, sino que en toda necesidad manifiesten a Dios sus necesidades, con oraciones, súplicas y acciones de gracias*" (Fil 4,6).

Jesús nos asegura que la respuesta de Dios es segura frente a la oración llena de fe: *“Todo lo que pidan con fe en la oración lo obtendrán” (Mt 21,22).*

Sin embargo, parece que a veces Dios no nos quiere escuchar. En realidad ciertas cruces, de un modo que no estamos en grado de comprender, son necesarias para nuestro bien, para nuestra sanación más profunda, para nuestra conversión, para nuestra salvación o para la salvación de otros.

Nuestra tarea es orar siempre y con perseverancia convencidos del amor que Dios nos tiene.

La perseverancia es la concreción de la fe, de la esperanza y del amor. De la fe porque, si somos constantes en la oración, generalmente, quiere decir que creemos que Dios puede escucharnos. De esperanza porque sólo perseveramos tenazmente en la oración si esperamos que Dios nos responda. De amor porque solamente el amor nos da la fuerza de ser constantes.

Su misericordia se derrama sobre el que es misericordioso con los propios hermanos.

El ejercicio del perdón y de la misericordia con todos puede encontrar un momento privilegiado durante los encuentros del ministerio. *“Cuando oren, si tienen algo contra alguno, perdonen” (Mc 11,25).*

Es el Espíritu Santo el que nos da la fuerza carismática de la oración de intercesión. Es Él que ora con nosotros y en nosotros incluso cuando nuestra oración, aunque estemos abandonados en Dios, se vuelve incierta y no sabe qué pedir: *“Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios.”(Rm 8,26-27).*

¿Qué debemos pedir?

La petición cristiana está centrada en el deseo y en la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf Mt 6, 10. 33; Lc 11, 2. 13). Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica (cf Hch 6, 6; 13, 3). Es la oración de Pablo, el Apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana (cf Rm 10, 1; Ef 1, 16-23; Flp 1, 9-11; Col 1, 3-6; 4, 3-4. 12). Al orar, todo bautizado trabaja en la Venida del Reino.(Cat 2632)

*Quando se participa así en el amor salvador de Dios, se comprende que toda necesidad pueda convertirse en objeto de petición. Cristo, que ha asumido todo para rescatar todo, es glorificado por las peticiones que ofrecemos al Padre en su Nombre (cf Jn 14, 13). Con esta seguridad, Santiago (cf St 1, 5-8) y Pablo nos exhortan a orar en toda ocasión (cf Ef 5, 20; Flp 4, 6-7; Col 3, 16-17; 1 Ts 5, 17-18).(Cat. 2633).*

## *¿Dios escucha nuestra oración?*

En toda la vida de oración aparece un gran problema, no en el plano teórico sino en el de la vida: ¿por qué nuestras oraciones no son siempre escuchadas? El Evangelio dice claramente : “Todo lo que pidan con fe en la oración lo obtendrán” (Mt 21,22).

En el contexto en el que fueron pronunciadas estas palabras, se comprende, sin dudas que el acento está colocado más sobre la “fe” que en “aquello que pidan”. La mentalidad hebrea ha sido calificada de objetivista: se interesa mucho más en el hombre que ora y en sus disposiciones que en el objeto del pedido. El ciego del Evangelio dice expresamente que Dios no escucha a los pecadores (Jn 9,31). Los documentos del tiempo judeocristiano están marcados por esta actitud. Parecen más preocupados por indicar las condiciones interiores de la oración que el contenido.

Por el contrario, en el contexto griego se manifiesta una tendencia “objetiva”. Para ellos la pregunta es entonces: ¿Cuál es la oración que puede ser escuchada y cuál la que no lo será? Podemos orar por todo aquello que es bueno, concretamente, dice Casiano, por aquello que está contenido en el “Padre Nuestro”. La petición de un mal o de una cosa pecaminosa está prohibida ofende a Dios.

Pero en las dos actitudes, la cuestión queda resuelta solamente en sus líneas generales. En cierto sentido, desde el momento que el hombre es pecador, ¿ninguno se puede dirigir a Dios? Y en cuanto a las cosas pecaminosas surge la duda con respecto a lo que está situado en el límite entre el bien y el mal, sobre todo porque nuestro juicio se encuentra oscurecido por la ignorancia. Tendríamos que sacar la conclusión, como lo hace San Clemente de Alejandría, que solamente la oración del “gnóstico” (el iluminado), puede ser escuchada.

Orígenes, aunque sigue la misma línea, afronta la cuestión de un modo más justo teológicamente. Él subraya que nos encontramos delante de un misterio que no es accesible sino al Espíritu Santo, porque solamente la voz del Espíritu llega hasta Dios. La buena voluntad humana que expresa sus deseos no llega siempre a colocarse en armonía con el Espíritu; permanece ignorante con respecto a las verdaderas intenciones de la economía de la salvación, “porque ni siquiera sabemos pedir lo que nos conviene” (Rm 8,26) y por esto “el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad”. Esto se realiza del siguiente modo: nosotros rezamos, pero el Espíritu “interviene”; su voz es más fuerte que la nuestra, que está inspirada por la ignorancia. De este modo, nuestra oración siempre es escuchada, pero según la voz del Espíritu (que es también la nuestra, porque el Espíritu forma parte de nuestro yo).

El principio general que guía la formulación de las peticiones es el que rige toda palabra y acción cristiana: se necesita “sintonizar” con el Espíritu, o, con el Hijo, porque el Verbo, dice Orígenes, está presente en nuestras oraciones como Pontífice, Intercesor y Mediador de nuestros ofrecimientos al Padre. Cuando las personas se ponen de acuerdo, el aspecto objetivo y subjetivo coinciden fácilmente.

El mismo principio lo encontramos en el lenguaje bíblico, cuando se nos exhorta a una oración llena de fe (Mt 21,21). Esto significa mucho más que una “confianza” psicológica. Aquellos que “creen” siguen sinceramente a Jesús en las acciones y en el pensamiento; han recibido el mismo Espíritu que los discípulos de Jesús (Hech 11,17).

Cuando Casiano se ocupa de este problema, se interesa por observar: “Tengo que decir lo que me ha revelado la experiencia acerca de los signos por medio de los cuales se reconoce que una oración es escuchada por el Señor”. Tiene que estar “llena de fe”. Él

interpreta esta fe sobre todo en sentido de “confianza”: “si ninguna duda ha atravesado nuestra oración”. Para no quedarnos en un nivel meramente psicológico, él muestra con la autoridad del abad Germano, que “esta confianza... viene de la conciencia pura; pero nosotros, agrega, que sentimos todavía en nuestro corazón la dolorosa espina del pecado, ¿cómo podemos tenerla?... ¿qué méritos nos podrían autorizar a presumir que nuestras oraciones serán escuchadas?

La insistencia sobre la fe en la oración se lee en todas las páginas del diario espiritual de un taumaturgo ruso reciente, Juan de Kronstadt. “Recuerda que cuando oras, Dios espera que respondas afirmativamente a la pregunta que te hace interiormente: “¿Tú crees que yo puedo hacer esto? (Mt 9,28). A esta pregunta le debes responder desde lo profundo del corazón: “¡Sí, Señor!”. “El corazón que duda que Dios le pueda conceder lo que pide, recibe el propio castigo: queda atravesado por la duda. Que ni siquiera la sombra de una duda llegue a irritar a Dios omnipotente, sobre todo de parte tuya, que ya has experimentado muchas veces la omnipotencia de Dios”. “Mucha gente ha perdido la fe o porque ha perdido completamente el espíritu de oración, o porque no lo ha tenido nunca y continúa sin tenerlo; en definitiva, porque no ora”.

A los textos que exhortan a orar con fe es necesario agregar aquellos en los que Jesús enseña a sus discípulos a orar en su nombre: “Todo lo que pidan en mi nombre Yo lo haré” (Jn14,13; 15,16; 16,23). Conviene estudiar estos textos en el contexto del discurso de la última cena. Concluyendo la alegoría de la viña (15,1ss), Jesús confía a los suyos una consigna esencial: el amor mutuo, como expresión del amor del Hijo por el Padre (15,10) y del Padre por el Hijo (17,23). La permanencia en la Palabra de Cristo (15,7) es la condición para ser escuchados en la propia petición.

No se trata de un poder ligado al nombre, como sucede en la magia. El cristiano que ora en nombre del Señor Jesucristo toma conciencia de su presencia benévola junto a él y en él: de este modo su oración se hace en la confianza más perfecta.

Es importante, finalmente, que el ministerio de intercesión tenga un coordinador que recoja las intenciones de oración y las confie, según su discernimiento, a algunas personas del ministerio.